



LA POSESION DE LA TIERRA

UNA de las facetas más importantes de la vida rural que debe conocer todo extensionista es el grado de identificación que existe entre el agricultor y la tierra que trabaja.

De este misterioso entendimiento se origina toda una filosofía sobre las ciencias agrícolas. Nace la verdadera actitud del hombre frente a las cosas. Una asociación de intereses vitales. Un ciclo continuado de trascendentales realizaciones en el que se halla comprometida su vida y la de toda su familia.

Rastrear ese espíritu no es cosa fácil. Pero mediante él, se podrá llegar a conocer con más fidelidad las características propias de las distintas comunidades de una sociedad determinada, la interacción de sus miembros y su arraigo en el lugar.

Para llegar a esto, es necesario remontarse a los primeros contactos que tuvo el hombre con la tierra que trabajaría posteriormente. Conocer los primeros estudios etnográficos, demográficos y ecológicos. Más aún, historiar los mismos albores de la conquista de este rico continente.

En Europa, Asia y Africa, por razón de

por
**Edgar Emilio
Arancibia**

una historia saturada de leyendas y tradiciones milenarias, toda la vida rural ha girado en torno de la aldea.

En Norteamérica y Argentina, dado el tipo de colonización y sus enormes extensiones aprovechables, la agricultura ha sido implantada como especulación. Y se halla diseminada por el campo entre las masas de una intrincada red de caminos cada vez menos polvorientos como augurio de prosperidad y progreso.

De los 279 millones de hectáreas que tenemos, 64 millones son aptas para la agricultura, pero sólo se cultivan 28 millones.

Pero, en nuestro país, el quehacer agropecuario presenta sus características propias, ya que nuestra pampa, esa planicie de inagotables recursos naturales, es un fenómeno casi único en el mundo. Ubicada en la zona templada, con un régimen inmejorable de lluvias estacionales, abundantes napas subterráneas, un suelo extraordinariamente rico por su complejo mineral y la calidad de sus pastos naturales, representa el mejor capital para cimentar nuestra producción agropecuaria y

constituirse en la despensa más abastecida del globo.

A la ribera de esta tierra privilegiada asomaron un día las ávidas proas de la conquista española, fijando en el estuario del Plata la sede del monopolio urbano y comercial más próspero de América del Sur.

En los tiempos actuales la densidad de habitantes por kilómetro cuadrado en la zona pampeana, incluyendo Buenos Aires, Entre Ríos, Córdoba, Santa Fe y La Pampa, es del 17,2 por ciento. En la zona menos densa, la Patagonia, del 0,7 por ciento.

Durante la fundación de Buenos Aires —3 de febrero de 1536—, el Adelantado D. Pedro de Mendoza, entre otras cosas, desembarcó 70 equinos, que con las restantes cabezas de ganado vacuno que bajaron posteriormente de Asunción del Paraguay y del Brasil, hollaron el verde tapiz de la pampa en oleadas interminables, hasta oscurecer el sol con el traqueteo de sus cascos y pezuñas cimarronas. El Padre Lozano, célebre historiador de aquella época, describe esos rodeos naturales de 30 a 40 mil cabezas de ganado vacuno como un fenómeno que maravillaba y sobrecogía el ánimo de los europeos. Así quedaba inaugurada la era pastoril de la futura Argentina.

Cuando el Cabildo de Buenos Aires autorizaba el sacrificio de 10 a 12 mil cabezas de animales cimarrones, como para mermar ese brote de exuberante riqueza bovina, sólo se aprovechaba el cuero, especialmente para el comercio exterior. Lo restante del oro rojo quedaba esparcido por el suelo para convertirse en pasto de las aves de rapiña y de las manadas de perros salvajes.

Constituido en unidad de precio, en el siglo 18 un negro se canjeaba por 100 cueros, como una muestra elocuente del sistema socioeconómico que imperaba en la época.

Sin entrar en más detalles, bien se puede establecer que la vida rural de la era pastoril era tarea muy fácil. La materia prima estaba a la mano y para cosecharla sólo se necesitaba la destreza de algunos jinetes que supieran manejar bien el lazo o las boleadoras.

LUCHA POR LA TIERRA

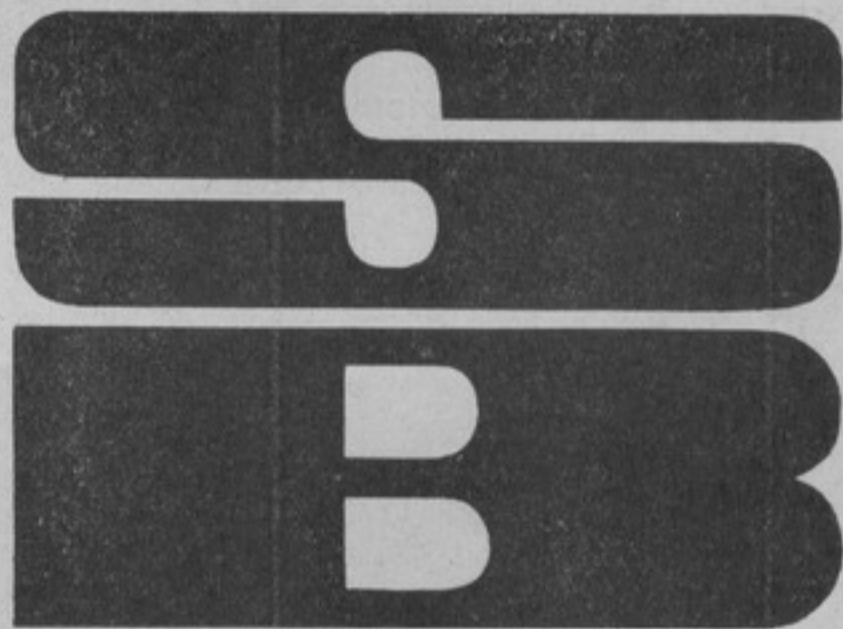
Pero, a todo esto, asoma ya en la cima de las primitivas estancias, la figura escueta del mirador, estrechamente asociado al amenazante mangrullo de las fortificaciones de frontera, todo un símbolo de una línea de tensión que empezaba a dibujarse en el pacífico horizonte de la pampa argentina. Precursor de violentas amenazas, del entrevero cruel de tacuaras agueridas y de sables desafiantes..., incendios, raptos, muertes y esclavitud oprobio-

sa. Futura fusión de razas dispares, pero choque violento de culturas opuestas.

A través de estos fugados pantallazos de la historia, se puede adivinar cómo se va dibujando en el horizonte cargado de presagios, no sólo la problemática realidad campo-ciudad, de grandes implicancias en el plano político, social y económico de todas las naciones latinoamericanas en formación, sino también lo que hace más a nuestro propósito: la lucha por la posesión de la tierra.

El avance de la raza blanca sobre las tierras vírgenes del nuevo continente está matizado de acciones epopéyicas, pero también de crueldades inauditas que algunos autores han sellado con letras de fuego. En algunas regiones americanas sería el destello de los metales preciosos el móvil de los conquistadores y aventureros. En nuestra pampa húmeda, la fertilidad de tan vastas extensiones de terreno con su marea de vacunos cimarrones que pregonaban la calidad de la tierra y las condiciones climáticas excepcionales para una producción agropecuaria de una gama insospechable de posibilidades.

Pero es el caso que los aborígenes del lugar, cegados por el brillo de una cultura tan avanzada que traía el blanco de Europa y temerosos del avance prepotente de



SASTRERIA BARRIO

Juiz Gómez y Cía. S. R. L.

*Donde el hombre elegante
encuentra lo que busca*

ENTRE RIOS 1180
TEL. 23-1132 - CAP.

LA POSESION DE LA TIERRA

sus armas invasoras, se lanzaron a una lucha cruel y sin tregua. Exceptuando el caso de las reducciones jesuíticas entre los indios guaraníes, modelo de conquista espiritual en tierra de infieles, el choque natural con los indios pampas y otras tribus belicosas del interior del país, se lo resolvió por la violencia de las armas.

La gesta gaucha que protagoniza Martín Fierro, con ese cúmulo de injusticias y persecuciones que pregonan a cada paso las dolientes estrofas de sus décimas, revelan uno de los aspectos más chocantes y vergonzosos de esa guerra de fronteras, tras de la cual se hallaban parapetados "los ogros tragaleguas", como llama el autor de "La pampa habla" a los que tramaban una posesión desmedida de la tierra, escudados en el poder político del momento.

El procedimiento adoptado por los gobiernos de aquella época para legitimar la posesión de la tierra, conforme se iba mellando la chuzca de los indios maloneros, es el siguiente:

- por venta o remate; así por ejemplo, por decreto del 10 de mayo de 1836, se destinaron a tal efecto 1.500 leguas.
- como premio a militares distinguidos en acciones bélicas.
- con propósitos de colonización, aunque en ese sentido nunca se llevó a cabo una planificación seria.

Al tenor de este reparto colosal, con todos los ribetes de un sainete político, es cómo nació y se fue fortificando el caudillismo de la época. Inmensos latifundios cuyos rastros duran hasta el día de hoy.

LA CODICIA EXTRANJERA

El antagonismo de "Civilización y barbarie" que agitó la pluma tajante del Gran Sanjuanino, todavía embelesado por el lujo y la cursilería de la cultura europea, iba tomando cuerpo. Dentro de todo ese drama patético que enfrentaba a los argentinos en dos bandos irreconciliables, estaba siempre latente el problema de la posesión de la tierra. Despojos, confiscaciones, arbitrariedades, fusilamientos, destierros... todo tipo de armas se ensayaron en esta lucha fratricida, atizada malévolamente por los intereses de potencias extranjeras que miraban con desmedida codicia la posesión de tierras tan feraces y promisorias.

A nuestro entender, tiene mucha importancia el conocer las motivaciones y la fuerza íntima que guió al terrateniente de esos días y al actual, a poseer la tierra que trabaja. Porque de ello nacerá su identificación con el lugar y su integración en la comunidad rural. Pero también, su eficiencia en la forma de trabajar el suelo que posee.

Sabemos que se da una íntima conexión entre la población urbana y la rural, sobre todo por el tipo de explotación que se practica, de lo cual nacerá un estilo de cultura determinado. Pero, es el caso que no todos los que trabajan el campo participan de este tipo de cultura, ni se hallan identificados con el lugar donde habitan. Al realizar una delimitación de comunidades, o un estudio sociométrico más acabado, encontraremos que no participan del "sentimiento de nosotros". Pertenecen a la comunidad legal, pero no a la real. Su "horizonte vital" está en otra parte.

Cuando los americanos pretenden delimitar una comunidad, observan sólo el radio de influencia de los servicios, como compulsando las piezas del rodaje de un reloj. Pero, nos parece más acertado el criterio que propone Antonio M. Arce: los servicios, las actividades y la identificación con el lugar, siendo esto último de capital importancia, sobre todo para fijar el tipo de estratificación que se da en dicha comunidad, lo cual gravitará de lleno en la interacción de sus miembros.

Sería interesante averiguar cuántos hacendados "trabajan" todavía su tierra desde París, Londres, Nueva York, o esperan pacientemente la valorización de sus grandes latifundios.

Están los que recibieron grandes extensiones de tierra en herencia y quieren vivir de ellas, pero sin dedicarse personalmente a su trabajo, olvidándose que "el ojo del amo engorda al ganado".

No son pocos los que pretenden hacer la mejor inversión de su vida comprando tierras, muchas veces sin conocer la calidad del suelo y el mecanismo de su explotación.

Es bien conocida la ambición de los que ven en la estancia y la cabaña el más codiciado "status", sobre todo el emparentar con la Sociedad Rural.

Cada vez aumenta el número de los que consideran al campo como recreación, un "hobby" para satisfacer las exigencias de su imaginación creadora o como casa de salud para calmar sus nervios destrozados por el traqueteo urbano.

Está demás puntualizar el desarraigo anímico de los medieros, arrendatarios o aparceros, casi siempre indiferentes a todo cambio o progreso, que con los anteriores, distorsionan fundamentalmente ese tipo de actividad que demanda para sí una consagración total que rinda un fruto proporcionado al esfuerzo y al capital invertido.

Posesión de la tierra, pero también identificación con el lugar. Ese debe ser el ideal apetecido para poner orden en las actividades de nuestro campo. Para que todo flujo de la ciudad hacia él sea beneficioso y constructivo: en lo técnico, económico, cultural y social. ♦